

temático en algunos de sus relatos, es algo que no podemos analizar en este artículo, pero que, desde luego, en el caso de Onetti, se ofrece sin más profundización hasta en el título de una de sus novelas más coherentes, *La vida breve*, en que el término «breve» destaca esa posibilidad o necesidad de vivir varias vidas, hechas, algunas «... a medida de nuestro ser esencial...».

Situar al escritor en el campo de la producción literaria y destacar los rasgos que definieron su profesionalización en el mismo, no pueden ser, sin embargo, el objetivo último. De lo que se trata, en última instancia, es de verificar si existen «ausencias» significativas, silencios o sombras en la narrativa de ambos que la sitúen en el mundo, siendo éste no el marco casi metafísico de lo imaginario, lo onírico o lo mítico, sino un concreto mundo americano al que sus obras, sin pretenderlo, están explicando. Esta pluralidad de sentidos, posible campo de ideologías que explican la obra y están en ella, se nos ocurre el único modo de superar una ya casi clásica división en los estudios sobre Rulfo y Onetti: hablamos de la opción dualista entre quienes afirman que en Rulfo y Onetti prima lo mejicano o lo rioplatense, respectivamente, o los que por el contrario sostienen que ese último elemento regional es apenas un apéndice de un tema único y reiterado que es el de la existencia humana, la angustia del hombre de nuestros días ¹⁶.

Si se acepta que la existencia problemática o el desasimiento del mundo aplicado a los dos autores no es algo que se dé fuera del espacio ni de la historia, leer a uno y a otro es una tarea más concreta que se define a partir de tres términos: la existencia de un hombre, en una tierra y en un tiempo.

La concentración espacial

La actitud reconcentrada de Rulfo y de Onetti no se da exclusivamente en relación con el oficio, en tanto marginación de camarillas y círculos intelectuales diversos. Su concentración es también, y esto es acaso lo que más importe, espacial: es la ubicación personal en un territorio que se entrevé siempre allá a lo lejos o en el fondo de sus espacios «imaginarios». Es, con otras palabras, la tierra de uno, ese trozo de geografía propia desde la que el escritor contempla el mundo y a él en el mundo. Los viajes, ese distanciamiento espacial que permita un enfoque creador distinto, aspecto tan frecuente en otros escritores de la nueva novela latinoamericana, no los encontramos ni en Rulfo ni en Onetti ¹⁷. El estatismo espacial, el estar anclados en un espacio

¹⁶ El planteamiento crítico dualista entre lo nacional o lo universal, se ha dado especialmente en torno a la obra de Rulfo, acaso porque en ésta el elemento rural propiciaba las interpretaciones más o menos regionalistas. La literatura «urbana» por excelencia de Onetti se situó ya desde el comienzo en un otro terreno: el de la literatura contemporánea «de signo universal», prueba de ello son las numerosas tentativas críticas de convertir a Onetti en un cierto Sartre rioplatense, tentativas rechazadas con ironía por el escritor en algunos artículos (vid.: «Nada más importante que el existencialismo», Onetti, *Réquiem para Faulkner y otros artículos*, pág. 147, Arca, Calicanto, Montevideo, 1975).

¹⁷ Hablamos del viaje como elemento paradigmático en el existir del escritor; bien el viaje, en tanto fase indispensable en el «período de formación», o como elemento reiterado, incorporado a la existencia social del escritor.

concreto, vagamente descrito, no es algo que se rastrea únicamente en sus universos narrativos, sino que es, también, una constante vital del escritor. Vida y literatura, biografía y ficción se entrelazan, pues, en el interior de sus textos, y esto pese al carácter aparentemente onírico, fantasmagórico o irreal que pueda sugerir el mundo espacial de uno y otro. Lo que sucede es que lo que, en principio, parecían ser criterios operativos se han convertido en valorativos, la separación vida-obra no se somete en etapa posterior a análisis alguno, quedando así divididas la existencia en la historia y en el espacio del escritor, y la creación por parte de éste de espacios o mundos imaginarios. El hecho de que las fronteras entre uno y otro no son tan evidentes lo constatamos en el caso de Rulfo en un fragmento de «Diles que no me maten», cuento perteneciente a *El llano en llamas* y que hemos tomado como punto de referencia el análisis de esa peculiar ubicación espacial de Rulfo.

En este relato, el hombre que manda fusilar a Juvencio Nava, en un acto de violencia o de venganza casi gratuita, por haber matado a su padre, comenta en un monólogo:

«Guadalupe Terreros era mi padre. Cuando crecí y lo busqué me dijeron que estaba muerto. Es algo difícil crecer sabiendo que la cosa de donde podemos agarrarnos para enraizar está muerta. Con nosotros eso pasó.» (pág. 201).

O, complementándolo, el monólogo en tercera persona de Juvencio Nava, la víctima o el personaje central que sufrirá la venganza del hijo de «Don Lupe»:

«Sus ojos, que se habían apeñuscado con los años, venían viendo la tierra, aquí debajo de sus pies a pesar de la oscuridad. Allí en la tierra estaba toda su vida. Sesenta años de vivir sobre ella, de encerrarla entre sus manos, de haberla probado como se prueba el sabor de la carne. Se vino largo rato desmenuzándola con los ojos, saboreando cada pedazo como si fuera el último, sabiendo casi que sería el último.» (pág. 199).

En uno y otro caso dos aspectos resaltan: la necesidad de enraizar y la identificación «vida»-«tierra». Es el «venir viendo la tierra» síntesis perfecta de la captación sensible del mundo exterior por parte del autor, y de visualización para un lector que se ve obligado a captar como en un primer plano ese constante caminar de un hombre en un suelo que en nada se parece al paisaje en sentido tradicional.

La percepción de la tierra, la apropiación de ésta bajo la mirada del hombre es, pese a su concretísima ubicación, un tanto vaga. Esta vaguedad responde al carácter de símbolo doble, o de símbolo de dos caras que presenta el término «tierra». Esta es, en un sentido, territorio, suelo de un hombre que la siente suya porque la «ha venido viendo» en su personal historia; es también, y en otro plano de significados, tierra seca, improductiva y a menudo ajena lo que explica esa necesidad del personaje de aferrarse a algo para «enraizar». Que este algo sea la búsqueda y recuperación del padre perdido o la tierra en que uno vivió o de la que nació en un pasado más floreciente, no resulta tan diferente. Enraizar, término esencial en la visión del mundo de Rulfo, es, en un sentido, volver a los orígenes, reencontrar o conocer al padre, o buscar sentidos más hondos a la existencia; pero es también, y simultáneamente, tener acceso a la tierra. En *Pedro Páramo* los dos motivos correrán de nuevo paralelamente: la búsqueda del padre (Juan Preciado busca a su padre Pedro Páramo) y la

recuperación de un Comala lejano, vivo en la imaginación y con cierta historia, si se compara con el Comala del presente, tierra olvidada de los muertos, son las dos caras de esa búsqueda de raíces ya destacada. Rulfo mismo pone en contacto estos dos aspectos: hombre y geografía. En una entrevista con J. Sommers afirma: «... entonces viví en una zona de devastación. No sólo devastación humana, sino devastación geográfica...» (pág. 20)¹⁸. La crítica de tendencias «universalizantes» sobre la obra de Rulfo que reincide en la desorientación espiritual del hombre moderno, parece pasar por alto ese estar anclado en una tierra concreta, rasgo no sólo geográfico sino también inherente a la obra misma.

Un camino no muy distinto es el seguido por algunos críticos al analizar la interrelación hombre-espacio geográfico en la narrativa de Onetti. Tampoco interesó ahondar en el entorno situacional, las condiciones de producción y escritura de la obra, sino pasar, al igual que en Rulfo, al territorio de los grandes temas universales. Interpretando desde presupuestos existencialistas los datos más o menos próximos a la biografía del escritor, se señalaron como temas centrales en su obra: el de la soledad, la angustia existencial, el desasimio del hombre con respecto a la realidad, e incluso, el solipsismo (lo único existente es la mente del escritor)¹⁹. De nuevo surge la pregunta de si ese sentimiento de angustia, de soledad o de culpa, no tiene raíces claras en la existencia del hombre en un mundo concreto americano, y en un tiempo no menos concreto. La ausencia, en el caso de Onetti, de elementos regionalistas y rurales, favoreció aún más las interpretaciones esencialistas de su obra, sin intentar rastrear hasta qué punto la visión onettiana del mundo no tenía mucho que ver con el especial existir histórico de las ciudades de Río de la Plata, sea Buenos Aires o Montevideo. Llamaremos, en este sentido, la atención sobre un aspecto concreto de Buenos Aires, en cuanto espacio donde transcurre una de sus primeras novelas: *Tierra de nadie*. Ya el título explica la forma concreta de existencia en la gran urbe americana. La ajenidad, la falta de sentimiento colectivo, de devenir histórico, convierte a la ciudad en «pozo de pasados individuales», por seguir la formulación de Jaime Concha, quien define la aparición de la ciudad en esta novela como «ciudad huérfana de temporalidad creadora»²⁰. Y no menos expresiva del peculiar existir histórico de las ciudades rioplatenses es la definición de Santa María (territorio central creado imaginariamente por Onetti) como «... una pequeña ciudad colocada entre un río y una colonia de labradores suizos...», definición que se inicia en *La vida breve* pero que se mantendrá idéntica en todos los relatos sanmarianos. Es imposible no relacionar esta presencia omnipresente del río y del elemento humano extranjero, europeo, con la historia de las sociedades rioplatenses desde comienzos de siglo. Si el estatismo en Rulfo quiere decir sequía, inmovilidad, improductividad y mala distribución de la tierra, el mismo estatismo, en un ámbito ahora urbano, lo encontramos en las diferentes apariciones de la ciudad en Onetti. En éste la fuerza de la inercia, de la

¹⁸ JOSEPH SOMMERS, Ed.: *La narrativa de Juan Rulfo. Interpretaciones críticas*, 1974, México.

¹⁹ Una abundante bibliografía crítica sobre estos temas en la narrativa onettiana pueden encontrarse en: Marilyn R. Frankenthaler: *J. C. Onetti: La salvación por la forma*, Abra, Nueva York, 1977, estudio dedicado a situar al escritor uruguayo dentro de la corriente del existencialismo fundamentalmente sartreano.

²⁰ JAIME CONCHA: «Sobre *Tierra de nadie*», en Loveluck, *Novelistas...*, op. cit.